

# La IPáxima

# de NICOMEDES



## Ojos de Ver (Cuento)



Hay gente que tiene "ojos de ver". Los que tienen "ojos de ver" llegan a descubrir "tapados", porque pueden ver a las "penas", y donde pena, seguro que hay entiero; las mismas penas lo guían a uno, si no se tiene miedo. Entre los animales también se dan estos poderes, pero los "ojos de ver" que tiene el perro llegan al extremo de presentir, con mucha anticipación y a gran distancia, la presencia de la muerte, así como a la víctima escogida. Han habido cristianos que en su afán por adquirir los "ojos de ver" que tiene el perro, le sacaron la legaña y se la aplicaron en sus propios ojos, pero luego fueron víctimas de alucinaciones, delirio y, finalmente, locura... Aunque yo sé de una señora que se aplicó a los ojos legaña de perro y descubrió un "tapado", que no era de oro precisamente...

Doña Rosalía Churucachua, sentada junto al fogón de su choza, cabeceaba un sueño ligero, despertaba sobresaltada y volvía a alimentar el fuego con algunas corontas, para mantener caliente la sopa de su Pedro. Esta operación la venía repitiendo desde que el sol de la tarde alargó los cerros sobre San Nicolás, pero ya era medianoche y su Pedro no llegaba. Por enésima vez abrió la rústica puerta y miró hacia el camino, pero apenas sus florosos ojos pudieron divisar más allá de dos metros entre la densa niebla, quieta en la fría oscuridad. Volvió a su asiento sin cerrar la puerta.

De pronto, el "Mocho", que dormitaba a sus plantas con el hocico entre las patas, levantó bruscamente la cabeza, paró las orejas y se asomó a la puerta, fija la mirada en el vacío de la noche cerrada; gimió angustiado, miró a su ama, miró afuera, se sentó sobre sus cuartos traseros y empezó a aullar como nunca antes lo hubiera hecho.

Rosalía que había estado observando desde un comienzo la extraña actitud del perro, creyó que merodeaba algún desconocido, pero por más que miró y remiró desde la puerta y a través de la ventana no vio absolutamente nada. Sin embargo, el "Mocho" seguía lanzando aullidos escalofriantes.

Entonces fue que Rosalía tuvo la peregrina idea: Acariciando su fiel perro hasta calmarlo un poco, con la yema de su dedo sacó la legaña del animal y se la aplicó en ambos ojos. Luego de esta operación acercó su silla a la puerta y observó hacia la misma dirección que antes lo hiciera el animal.

Durante el primer minuto no pasó nada. De súbito —como si estuviera frente a la pantalla de un cine— vio ante sus propias narices el "Tambo" de la Pascuala, que quedaba en Socos Bajo, distante dos leguas de San Nicolás. Allí, sentado en una mesa con un desconocido, ante una jarra de chicha y completamente borracho estaba su Pedro Chuquillanquí...

Nuevamente vio Rosalía en los ojos del "Mocho" la misma expresión alucinada de la noche en que mataron a su marido y, sin pensarlo dos veces, se untó los ojos con las legañas del perro.

Esta vez vio que el mismo sujeto que matara a su Pedro estaba ingresando a una vivienda en el caserío de Chantoco, a un kilómetro de San Nicolás. Y que, luego de penetrar en la casa, desentendaba su machete y daba muerte a todos los dormidos moradores: un matrimonio y tres menores hijos. Terminada su orgía de sangre, volcaba sobre suelo y paredes el contenido de la lámpara de aceite y prendía fuego a la choza, huyendo con su botín-encostado...

Rosalía gritó con todas sus fuerzas, refiriendo al sargento y a todos los que atrajo su alboroto, el múltiple crimen que acababa de consumarse.

Salió una patrulla armada y de regreso trajeron un prisionero maniatado: era el sujeto que por dos veces detectaran los clarividentes ojos de Rosalía.

Sin ninguna presión se confesó autor del macabro crimen de Chantoco, así como del asesinato de Pedro Chuquillanquí, en Socos Bajo, por el que injustamente estaba purgando condena Rosalía.

Se supo, además, que en la muerte de Pedro, el desconocido tuvo por cómplice a su amante: Pascuala, la dueña del tambo.

Rosalía fue puesta en libertad inmediatamente.

V

En el pueblo de San Nicolás, la noche resbala desde el lomo gris de los altos cerros, pasando de largo por sobre el pequeño camposanto erigido en sus faldas, hasta cubrirlo todo con su impenetrable negrura... Todo, menos la choza de doña Rosalía Churucachua, viuda desde hace catorce años; allí hay una luz que agoniza, como quien ilumina los ojos de una calavera metiéndole una veia adentro.

Noche tras noche la anciana repite la misma operación: coge con la yema de los dedos la legaña de su perro "Mocho" y unta con ella sus ojos. Luego mira en dirección al tortuoso camino, por donde sabe que algún día ha de llegar la muerte. Así permanece horas y horas, esperándola pacientemente...

VI

—Esta noche parece que sí... En efecto, ya llega... ¡No, no le ladres, "Mocho", que viene por mí! ... ¡Adelante, adelante mamacha, estoy lista, pues! ...

Y aquella noche, Rosalía Churucachua cerró para siempre sus ya cansados "ojos de ver"...

—0000000—

NICOMEDES SANTA CRUZ G.  
Lima, 19 de agosto de 1973

Luego, la absorba Rosalía contempló claramente cómo el sujeto sacaba a su marido del tambo, lo conducía por una cañada y cuando éste, tambaleante, se detenía para hacer de aguas menores, el desconocido le asestaba un feroz machetazo en la cabeza. Pedro caía muerto y el asesino, tras robarle todo su dinero, cubría el cadáver con cañas y piedras, alejándose hasta perderse de vista...

III

Al despuntar la mañana, la Rosalía, vestida de luto, se presentó al puesto policial de San Nicolás para sentir la denuncia sobre el asesinato de su marido. Constituidas las autoridades en el lugar de los hechos, Rosalía mostró el sitio exacto donde estaba el cuerpo de su marido. Luego la comitiva se trasladó al tambo de la Pascuala, pero ésta negó rotundamente que la víctima hubiese estado en su local la noche anterior, y mucho menos bebiendo en compañía de un desconocido, según lo atestiguaba la Rosalía. Tampoco pudo —o quiso— la afligida viuda dar razón de cómo se enteró del crimen sin haber abandonado su casa en toda la noche.

De vuelta al puesto policial, se hizo presente el gobernador, quien luego de leer la Instructiva, declaró única culpable del asesinato de Pedro Chuquillanquí a su propia conviviente, Rosalía Churucachua.

IV

Ya llevaba la Rosalía más de una semana, en su celda del puesto de San Nicolás, cuando una noche sintió que desde fuera gemía su perro "Mocho". Llamó al guardia y le rogó que dejara entrar al animal para que le hiciese compañía aunque sólo fuera por esa noche. Tanto insistió la pobre mujer que el celador, compadecido, accedió.